

moralidad de la guerra: planteamientos actuales

E. López Azpitarte

La situación presente: ninguna justificación para la guerra nuclear

Las nuevas condiciones en las que hoy se plantea el problema de la guerra han creado, como veíamos en el número anterior de la revista, una nueva mentalidad para su análisis y valoración. La doctrina clásica no es ya aplicable a esta situación actual. La valoración ética de este fenómeno se realiza desde otra óptica diferente, cuyas características pretendemos sintetizar, resumiendo fundamentalmente lo que los Papas y las Conferencias episcopales han enseñado en estos últimos tiempos¹.

Un primer punto subrayado por todos es la condena absoluta de la guerra nuclear, pues provocaría tan grandes desastres, aunque no pusiera en

¹Entre los muchos estudios que se han publicado, me remito a los siguientes: M. SPIEKER, *Armas nucleares y el sermón de la montaña. Los dilemas del mantenimiento de la paz en las cartas pastorales de las Conferencias episcopales católicas*: Tierra nueva n. 56 (1984) 59-75; A. PRIGNON, *Les évêques et la paix*, Lumen Vitae 39 (1984) 7-22; *La doctrina contemporánea de la Iglesia sobre la paz y el armamentismo*: Miscelánea Comillas 43 (1985) 239-259, (boletín sobre documentos eclesíasticos desde 1975); J. ESPEJA, *La Iglesia en la construcción de la paz*: Ciencia Tomista 113 (1986) 3-25; I. CAMACHO, *La Iglesia ante el desafío de la paz*: Proyección 32 (1985) 275-298 y 33 (1986) 27-46; *Los Obispos españoles y la paz*: Proyección 33 (1986) 91-103; G.B. GUZZETTI, *L'impegno dei papi per la pace: da Leone XIII a Paolo VI*: Seminarium 26 (1986) 247-265; G. GRAMPA, *Il recente magistero sulla pace*: ib., 267-275; R. RINCON, *La causa de la paz: la justicia y el amor, heraldos de la paz (reflexiones en torno al magistero reciente)*: Corintios XIII, n. 39-40 (1986) 141-180; G. HIGUERA, *Arma y armamentos en la Sollicitudo Rei Socialis*: Revista Fomento Social 43 (1988) 411-428.

peligro la existencia misma de la humanidad, que el equilibrio proporcional entre los daños y los beneficios quedaría aquí completamente eliminado. Si tal proporcionalidad no se da ahora en casi ninguna guerra, mucho menos existiría en esas condiciones. Por eso, nunca se podrá admitir la primera iniciativa (el primer uso) en el empleo de estas armas. Ni siquiera la justa defensa contra un ataque convencional² de los enemigos haría lícito este tipo de respuesta. La moderación requerida, como una de las condiciones fundamentales de la teoría clásica, exige no convertir en víctimas a tantas personas inocentes que morirían en estas circunstancias o que sufrirían terribles consecuencias. El más elemental sentido común condenará de forma radical y absoluta esta primera hipótesis. Sería una lamentable opción por la victoria única de la muerte.

El avance técnico, efectuado durante estos últimos años, ha hecho creer en la posibilidad de un conflicto nuclear limitado, que eliminaría los efectos negativos del planteamiento anterior. Aunque, en teoría, semejante hipótesis fuera realizable por la precisión y control de los nuevos armamentos, son muchos los que dudan, con todo fundamento, de su carácter restringido en la práctica. Nadie puede asegurar que, en una situación límite y extrema, no se busque la victoria con una fuerza mayor. Controlar el funcionamiento de las armas hacia unos objetivos concretos es mucho más fácil que controlar las reacciones humanas para frenar una violencia mayor, si no existe otra alternativa para vencer: "el peligro de la escalada es tan grande que sería moralmente injustificable desencadenar una guerra nuclear, cualquiera que sea su forma"³.

La guerra convencional: peligros actuales

Algo parecido habría que decir sobre la guerra convencional entre potencias nucleares. El mismo riesgo de la escalada se hace aquí presente, pues cualquier conflicto se convierte de inmediato en una tentación para intervenir con otras armas superiores: "... por el hecho de centrar demasiado la atención en la guerra nuclear, se corre el riesgo de minimizar las guerras "convencionales" modernas... Y todos saben que, en un enfrentamiento directo con armas convencionales entre dos potencias nucleares, el armamento

²Se consideran armas *convencionales* las que no son nucleares. Estas últimas son *tácticas* o *estratégicas*, según que su radio de acción se encuentra por debajo o por encima de los 5.000 kms. Para el conocimiento del lenguaje técnico cfr.: *Petit lezique pour comprendre les débats sur la défense*: Supplément n. 148 (1984) 137-141.

³CONFERENCIA EPISCOPAL NORTEAMERICANA, *El desafío de la paz. La promesa de Dios y nuestra respuesta*, PPC, Madrid 1983, 75.

clásico correría el riesgo de ser un detonador para ingenios nucleares tácticos y después estratégicos”⁴.

Lo que antes era sólo una simple contienda entre naciones, hoy podría causar una explosión impresionante, cuyas consecuencias trágicas escaparían a cualquier previsión razonable. Tales condicionantes “hacen imposible, en resumidas cuentas, cualquier interpretación positiva de una guerra entre Estados, como anteriormente se la concebía”⁵. De ahí que, en lugar de una “guerra justa”, se haya empezado a hablar, desde los tiempos de Pío XII, sólo y exclusivamente de una “legítima defensa”:

“El Papa reclama la exclusión de la guerra de agresión, en virtud del derecho de gentes, y pide una organización supranacional para la paz. La “justa causa” para una guerra se concentra en el caso de defensa de los bienes y derechos fundamentales, en cuanto que ellos estén inmediatamente amenazados por la violencia. Por tanto, la doctrina usual hasta entonces se limita y transforma esencialmente. De acuerdo con las nuevas repercusiones modernas de las teorías seculares sobre la “guerra justa”, con sus numerosas y problemáticas consecuencias, se recomienda en adelante hablar de “justa defensa”⁶.

Tal principio sería sólo aplicable a los conflictos reducidos a un ámbito geográfico limitado, al empleo de armas convencionales, y cuando se tienen en cuenta las debidas garantías éticas en su realización. El problema práctico radicaría en saber si tales condiciones se pueden hoy verificar por la interdependencia tan grande que existe entre las naciones y el peligro consiguiente de una generalización catastrófica⁷. Fuera de esta hipotética situación estrictamente defensiva, y mientras no exista otra autoridad competente para solucionar tales conflictos, nadie duda en adjetivar a la guerra

⁴CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA, *Ganar la paz*: Ecclesia n. 2151 (26-XI-1983), 15.

⁵CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *La justicia construye la paz*, 3, 5, Edice, Madrid 1983, 40.

⁶*Ibid.*, 3, 5, 1, p. 41.

⁷“La comparación atenta de los textos reproducidos permite concluir que hoy día la licitud de la guerra defensiva sólo es aplicable a las guerras geográficamente circunscritas y militarmente limitadas al llamado armamento convencional. Pero como, por otra parte, la red de interdependencia a nivel mundial es actualmente tan grande y el peligro de generalización de los conflictos tan enorme, resulta que en la práctica difícilmente puede de antemano afirmarse si tal licitud es aplicable a cada caso concreto de guerra defensiva” (J.L. GUTIERREZ, *Guerra*, en: *Conceptos fundamentales en la doctrina social de la Iglesia II*, BAC, Madrid 1971, 236.

como auténticamente inmoral. Una opinión que, si no es unánime, va siendo cada vez más ampliamente mayoritaria. La condena de Juan XXIII resuena ahora con una fuerza mayor y mantiene toda su vigencia: "En nuestra época, que se jacta de poseer la energía atómica, resulta absurdo sostener que la guerra es un medio apto para restablecer el derecho violado"⁸.

La carrera de armamentos: un doble planteamiento

A partir de estos presupuestos, parecía mucho más lógico y coherente que se llegara también a la condena explícita de la posesión de armas nucleares y de la carrera de armamentos. Algunos se sintieron un tanto frustrados por la prudencia excesiva del Vaticano II, cuando sólo intenta persuadir que semejante carrera "a la que demasiadas naciones recurren, no es un camino seguro para consolidar la paz, y que tampoco es una verdadera paz el llamado equilibrio que de ella dimana"⁹. Si, desde una perspectiva ética, resulta inadmisibles el uso de tales armas, habría que calificar de la misma manera su fabricación y almacenamiento.

Esta última conclusión, sin embargo, no aparece a todos tan lógica y evidente, ni siquiera para las mismas conferencias episcopales que abordaron el tema¹⁰. El episcopado escocés fue rotundo en su afirmación: "Estamos convencidos, no obstante, de que si es inmoral servirse de las armas, es igualmente inmoral amenazar con utilizarlas"¹¹. Mientras que los obispos franceses no dudan en mantener su posesión, como una defensa del débil, ya que "enfrentados a una elección entre dos males inevitables, la capitulación o la contra-amenaza, se opta por el menor, sin pretender hacer de él un bien"¹². Un simple reflejo de la disparidad de criterios que hoy existe en la moral. Y es que el problema resulta más complejo de lo que a primera vista pudiera parecer.

De hecho, la tensión entre las dos grandes potencias es una realidad innegable. No se trata de hacer una división maniquea del mundo, pero la verdad es que, a la expansión soviética, sólo puede oponerse con eficacia

⁸ *Pacem in terris*, n. 127.

⁹ Cfr. *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo*, n. 81.

¹⁰ Ver F.X. WINTERS, *Nuclear Deterrence Morality: Atlantic Community Bishops in Tension*: Theological Studies 43 (1982) 428-46; y *¿Prohíben los obispos americanos las armas nucleares? Sí y no*: Razón y Fe 209 (1984) 45-53; M. SPIEKER, a.c. (n. 1); DUMORT, *Deux textes chrétiens en dialogue: "Gagner la paix" et "La paix autrement"*: Supplément n. 167 (1988) 93-111.

¹¹ *Ecclesia* n. 2094 (25-IX-1982), 12.

¹² *Ecclesia* n. 2151 (26-IX-1983), 17-18.

el poder americano, aunque las preferencias personales se inclinen más por una u otra de las concepciones de vida que representan. Lo que se ha de evitar, por encima de todo, es el conflicto armado entre ambas fuerzas, que nunca estará justificado por sus consecuencias incalculables. La dificultad radica en saber cuál será el mejor camino para mantener y conservar el equilibrio ahora existente. Si la paz es la meta que todos buscamos ¿cómo es posible conseguirla, en estas circunstancias? Dos respuestas generales se ofrecen como alternativa: la disuasión nuclear y el pacifismo¹³.

La disuasión nuclear: opción por el mal menor

La primera quiere partir de una base realista. Si la guerra no existe a esos niveles es por el miedo mutuo que ambos se tienen, pues cualquier intento de agresión provocaría de inmediato una respuesta en la que todos saldríamos perdiendo. Es un equilibrio de terror, pero que, de hecho, evita una tragedia más grande. Si la única finalidad que se pretende con estas armas está orientada exclusivamente a la disuasión del adversario, sin pretender nunca utilizarlas, su posesión no parece condenable. No es el mejor método para fomentar la paz y la reconciliación entre los pueblos, pero sí lo es, en la práctica, para disuadir de la guerra y alejar por el momento esta amenaza. El armamento ha llegado a ser, en un mundo de violencia, un instrumento de protección. Un mal menor, aunque lamentable, que evita otros peores.

La condena debería recaer también sobre la no disuasión, pues culpables no son exclusivamente las armas, sino los que se niegan a disuadir a quien amenaza con ellas. Los adversarios de esta estrategia desconocen la realidad de la naturaleza humana y las enseñanzas de la historia. No hay ninguna obligación de entregarse en manos del enemigo y dejarle la vía libre a sus deseos de conquista. Es más, el Estado debe garantizar y defender

¹³ Como estudios de conjunto para una visión general, C. ALONSO ZALDIVAR, *Guerra y paz en el mundo nuclear*: *Leviatán* n. 13 (1983) 45-58; AA.VV., *Interrogations morales des stratégies de défense*: *Supplément* 37 (1984) 5-141; J.A. LOBO, *La disuasión nuclear y la carrera de armamentos*, en: AA.VV., *Por una paz sin armas*, San Esteban, Salamanca 1984, 107-138; G. DEFOIS, *Armements modernes et responsabilités éthiques*: *Etudes* 359 (1983) 585-601 y *Se défendre aujourd'hui*: *Etudes* 362 (1985) 777-789; C. SANTAMARIA, *La amenaza de la guerra nuclear*, Instituto de Teología Pastoral, San Sebastián 1985; E. BENAVENT, *Problemas éticos de la defensa*: *Revista de Fomento Social* 41 (1986) 31-44; L. GONZALEZ CARVAJAL, *Razones y sinrazones de la carrera de armamentos*: *Teología Y Catequesis* 19 (1986) 331-343; R.B. MILLER, *Christian Pacifism and Just-war Tenets: How do they Diverge?*: *Theological Studies* 47 (1987) 448-472; A. ALVAREZ BOLADO, *El servicio cristiano a la paz en el debate sobre la disuasión*, en: AA.VV., *Teología política y responsabilidad por la paz*, Fe y Secularidad, Madrid 1987, 51-97; D. MIETH, *El debate sobre la paz en la Iglesia católica*: *Concilium* n. 215 (1988) 61-70.

los derechos de sus ciudadanos, y esta defensa sólo es posible, cuando la respuesta al enemigo es proporcional a sus efectivos. El mismo Juan Pablo II la propone como una opción válida, aunque provisional y pasajera hacia una paz con mejores fundamentos:

“En las circunstancias presentes, una disuasión basada en el equilibrio, no ciertamente como un fin en sí misma sino como una etapa en el camino de un desarme progresivo, quizás pueda ser juzgada todavía como moralmente aceptable”¹⁴.

La única alternativa realista

Esta enseñanza no canoniza la situación actual, sino que invita a superarla mediante el equilibrio y el diálogo para el desarme. Mientras no exista un tribunal supremo, con autoridad supranacional para resolver los conflictos y hacer cumplir sus resoluciones, no existe ningún otro método eficaz para prevenir la guerra. Si esta estrategia resulta peligrosa, el desequilibrio supondría una amenaza mayor. Los que aprueban la disuasión no se sienten tranquilos y satisfechos, pues son conscientes de sus límites y dificultades, pero no ven otra alternativa eficaz y realista para la negociación y el desarme posterior. Lo único que habría que evitar, en este período intermedio, es la lucha por mantener siempre una superioridad sobre el adversario.

Desde esta perspectiva, la opción por el pacifismo se acepta como mucho más cercana al Evangelio. La no violencia contiene un carácter profético; ofrece un testimonio espléndido, como símbolo de un profundo humanismo y de un amor cristiano; está llamada a despertar la conciencia de las personas para que descubran otras formas de trabajo por la paz, pero la consideran como una utopía demasiado ingenua y alejada de la realidad. Supone, en el fondo, una actitud heroica que podría ser elegida libremente por grupos más o menos pequeños, pero no impuesta a un pueblo que no está convencido de su eficacia. Lo que es optativo para individuos particulares no se convierte en una obligación para la comunidad. Por eso:

“El Concilio y los Papas han manifestado claramente que los gobiernos amenazados por una injusta agresión armada tienen el deber de defender a su pueblo. Esto incluye la defensa, si es necesario, por las fuerzas armadas, como último recurso”¹⁵.

¹⁴*Mensaje a las Naciones Unidas en su Asamblea extraordinaria del 7 de junio de 1982: AAS 74 (1982) 879.*

¹⁵CONFERENCIA EPISCOPAL NORTEAMERICANA, *o.c.* (n. 3), 45.

La renuncia a esta defensa supondría lesionar los derechos de todo ciudadano a sentirse protegido por la autoridad. El día en que todos los miembros de una nación estén decididos a la lucha no violenta, semejante opción, aunque algunos sigan dudando de su eficacia, no encontraría mayor dificultad; pero ¿será esto posible algún día?

La teología de la no violencia: los riesgos del armamentismo

El pacifismo, por su parte, no acepta la validez del planteamiento anterior. La disuasión no tendría ninguna eficacia, si el adversario no estuviera dispuesto a utilizar las armas en caso de ataque. Es evidente que si un bando tuviese la certeza de que el otro no las iba a emplear, el factor miedo, que impide la iniciativa, no tendría ya ningún efecto inhibitorio. La simple posesión no disuade, como si fueran las armas impresionantes de un mero museo, mientras no exista la voluntad eficaz y decidida de emplearlas, en caso de ataque. Ahora bien, si la mayoría estamos de acuerdo en que tal uso constituye una inmoralidad, semejante estrategia, entonces, o pierde su poder disuasorio, si no se van a utilizar; o merece una condena absoluta, si se está dispuesto a ello.

La nueva tecnología, además, posibilita un ataque sorpresa a los objetivos militares, que deje al otro sin ninguna capacidad de respuesta. Así, el que tome la iniciativa llevará siempre toda la ventaja de vencer. En estas condiciones, la posesión de armas no sólo es insuficiente para mantener ese equilibrio del terror, sino que se convierte en un estímulo para procurar, en cualquier situación extrema, ser el más rápido y asestar el primer golpe que será el definitivo¹⁶.

Algunos creen que la nueva política norteamericana de defensa, con la "guerra de las galaxias", es producto de esta desconfianza en la carrera de armamentos, seguida hasta ahora. Se trataría de destruir aquellos misiles enemigos, en su trayectoria extraatmosférica, que hubieran sido lanzados contra algún objetivo. Aunque, a primera vista, se trataría aquí de una acción estrictamente defensiva, son varias las dificultades que se plantean

¹⁶Cfr. J.M. MULLER, *De l'immoralité de la dissuasion nucléaire*: Supplément n. 148 (1984) 43-52; H. OTT, *Essai: Principes et fondements de l'action non-violente*: Supplément n. 154 (1985) 41-57; I. BERTEN, *La non-violence comme alternative II la stratégie nucléaire: Enjeux éthiques et spirituels*: ib., 59-68; CH. MELLON, *Caminos para el desarme*: *Selecciones de Teología* 24 (1985) 109-111; J.A. LOBO, *Nuevas estrategias para la paz*: *Corintios XIII* n. 39-40 (1986) 51-75; A. ALVAREZ BOLADO, *La construcción de la paz. Sobre la precariedad moral de la disuasión*: *Moralía* 10 (1988) 37-56.

con esta nueva orientación¹⁷. Desde el punto de vista ético, la principal dificultad consistiría en esa dinámica de superioridad y dominación, que el enemigo intentará contrarrestar con otras iniciativas para no sentirse en condiciones inferiores. Entraríamos de nuevo en esa escalada de competencia para conservar la propia primacía e impedir la del contrario.

Un pacifismo solidario y dinámico

Si consideramos, finalmente, el enorme gasto económico que cuesta mantener este dispositivo, y las inversiones gigantescas que actualmente se realizan en gastos militares¹⁸, habría que preguntarse muy seriamente cómo es posible defender o tolerar esta postura, cuando con esas cantidades se solucionarían los problemas del hambre, de la incultura o del subdesarrollo de tantas naciones pobres y marginadas. Pregunta que no nace de un sentimentalismo absurdo o superficial, sino que tiene una base realista y objetiva, que debería afectar con mayor fuerza a la conciencia humana.

El pacifismo no consiste en darse por vencido y entregarse pasivamente con tal de salvar la vida. Sería, entonces, una ideología demasiado cercana a la cobardía y a la comodidad, que no merecen ningún respeto ni admiración. Hay valores por los que vale la pena luchar, incluso hasta con el sacrificio de aquélla. El mismo Gandhi aceptaba la violencia "para aquellos que no son bastantes fuertes para ser no violentos". Se trata de un método activo, enérgico, dinámico, que se opone y lucha contra el mal y la injusticia, pero rehusa hacer daño al enemigo, aunque éste utilice medios violentos. No es una no resistencia a la fuerza que destruye y amenaza, sino una resistencia entusiasta y sin descanso, que se niega a la violencia física y prefiere otras formas de oposición y rechazo¹⁹. La sumisión cobarde y el

¹⁷I. CAMACHO, *La guerra de las galaxias y la construcción de la paz*: Proyección 33 (1986) 253-264, con la bibliografía ahí reseñada. Con posterioridad, C. ALONSO ZALDIVAR, *La utilización militar del espacio exterior*: Iglesia Viva n. 129 (1987) 267-271.

¹⁸A. VIÑAS, *Aspectos económicos de la paz*: Misión Abierta n. 4/5 (1983) 55-73; AA.VV., *La course aux armements*: Supplément n. 154 (1985) 79-104; A. RODRIGUEZ OVIDE, *Costes de la confrontación Norte-Sur y Este-Oeste*: Misión abierta n. 1 (1986) 33-43; F. FUENTE, *Carrera de armamentos y empobrecimiento de los pobres*: Corintios XIII, n. 39-40 (1986) 35-50; H. DIEFENBACHER, *Armamento y pobreza en los países industrializados*: Concilium n. 215 (1988) 77-84.

¹⁹Entre la abundante bibliografía, hay que citar los libros fundamentales de GANDHI, *Todos los hombres son hermanos*, Sígueme, Salamanca 1977; J.M. MULLER, *El evangelio de la no violencia*, Fontanella, Barcelona 1973, y *Estrategia de la acción no violenta*, Hogar del Libro, Barcelona 1983; T.K. MAHADEVAN, *Gandhi: verdad y no violencia*, Sígueme, Salamanca 1975; G. VOGELWEITH, *Les sources chrétiennes de la non-violence gandhienne*: Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses 63 (1983) 303-310.

pasivismo constituyen la antítesis de este ideal.

Aun reconociendo la complejidad del momento, la dificultad de una valoración objetiva y razonable, y el pluralismo ético existente entre los mismos cristianos²⁰, la teología de la no violencia parece reflejar mucho mejor el ethos evangélico. No se puede imponer, si no nace de un convencimiento interior frente a la locura de la guerra. Aunque empieza a salir de la clandestinidad, es todavía patrimonio de grupos reducidos y minoritarios. Su conocimiento y estima deberían continuar extendiéndose hasta crear una nueva conciencia que sueñe con destruir, poco a poco, los cimientos de cualquier estrategia armada. Los obispos americanos invitan a esta reflexión: "Los medios de resistencia no violentos al mal precisan ser estudiados y considerados más de lo que hasta ahora lo han sido"²¹. La meta no está cercana, pues son muchas las dificultades e intereses de todo tipo que entran en juego. Hasta que se produzca un cambio de mentalidad, no existe otra alternativa para la defensa que el miedo y la disuasión.

Conclusión: Hacia una teología de la paz

Por eso, más que continuar hablando sobre una teología de la guerra, habría que insistir en una teología de la paz. Es preciso crear un ambiente en el que todo lo que la favorezca encuentre una acogida y entusiasmo inmediato. Mientras tanto, sólo cabe esperar que aumente el testimonio y la denuncia de los que se sienten comprometidos con ella por otros caminos diferentes a los de la violencia. Son muchas las formas de trabajar por una sociedad distinta: La objeción de conciencia al servicio militar; la denuncia del negocio que supone la venta de armas; la negativa a pagar los gastos de guerra, que podrían dedicarse a necesidades más urgentes y primarias; la renuncia a trabajar y colaborar en las industrias bélicas²².

²⁰Un buen resumen, completo y equilibrado de ambas posturas, puede verse en un gran defensor de la no violencia, G. ARIAS, *La pluralidad de juicios cristianos sobre la violencia de las armas*, en: AA.VV., *La maldición de la guerra*, San Esteban, Salamanca 1984, 143-154.

²¹*O.c.* (n. 3), 103. J.A. LOBO, *Hacia un nuevo orden de paz* en AA.VV., *Por una paz...*, *o.c.* (n. 13), 141-170. Cfr. J.R. EZQUERRA, *Aportación de los movimientos pacifistas: Misión Abierta* n. 1 (1986) 79-84.

²²Sobre estas y otras formas concretas de no violencia, F. VAILLANT, *Les aspects stratégiques et moraux de ce que pourrait être une défense populaire non-violente: Supplément* n. 148 (1984) 75-85; A. GALINDO, *Estrategias para la paz. La objeción fiscal: Corintios XIII*, n. 39-40 (1986) 115-140; D. VELASCO, *¿Cómo podemos contribuir los cristianos a frenar y anular la militarización de la sociedad?: Iglesia Viva* n. 129 (1987) 253-266.

Pero mucho más que los gestos aislados y testimoniales, habría que fomentar entre todos una educación para la paz, en la que se subrayen los valores del diálogo, del respeto, de la reconciliación. Un tema sobre el que existe también una abundante bibliografía²³, con el intento de que la paz sea un objetivo cada día más cercano a esta humanidad enfrentada y dividida.

Eduardo López Azpitarte

²³Me remito, como ejemplo, a J. ANSO, *Educación para la paz: Algunos materiales y direcciones de interés*: Teología y Catequesis 19 (1986) 465-468; R. RINCON, *Boletín Bibliográfico*: Corintios XIII, n. 39-40 (1986) 385-397.